

LAS MIGRACIONES DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Autor: Vicente Castelló Roselló

Profesor Universitat Jaume I

INTRODUCCIÓN

La globalización de la economía evoluciona de manera conjunta con el crecimiento de los flujos migratorios. Así, hoy el número de migrantes internacionales es del orden de 200 millones de personas, frente a 82 millones en 1970. El fenómeno no es nuevo pero con el desarrollo de los medios de transportes y de los medios de comunicación alcanza proporciones inéditas.

En el transcurso de los dos últimos siglos, el mundo ha conocido dos afluencias masivas de migraciones mundiales. La primera de ellas, a principios del siglo XIX. En concreto, entre 1820 y 1920, 60 millones de europeos emigraron hacia América del Norte. La segunda oleada comenzó después de la Segunda Guerra Mundial, acelerándose espectacularmente a partir de 1990.

El “ciclo de vida” de una emigración masiva es cada vez el mismo y los factores económicos que determinan el fenómeno se reproducen de manera idéntica. Queremos resaltar dos factores que caracterizan, generalmente, la historia de la emigración de un país: el primero viene condicionado por la oferta de emigrantes, y el segundo por la demanda. El análisis de las migraciones masivas, pasado y presente, es esencial para poder explicar los flujos mundiales futuros.

Las migraciones internacionales son un fenómeno antiguo y las migraciones masivas voluntarias (excluyendo los esclavos y los trabajadores de hogar bajo contrato) comenzaron hace doscientos años. Las razones de emigrar no tienen ningún misterio: hoy como hace doscientos años, tienen como objetivo mejorar las expectativas económicas y por añadidura una vida mejor. Los únicos cambios, por consiguiente, conciernen a las categorías de migrantes y su origen geográfico.

En dos siglos, la demanda de emigración de los países pobres hacia los países ricos y la propia capacidad de los candidatos a financiar su viaje ha aumentado sustancialmente. A principios del siglo XX, existía una gran diferencia de nivel de vida entre el tercer mundo y los países industrializados, lo que fomentaba las migraciones. Sin embargo, paulatinamente la educación y el nivel de vida han ido progresando en las regiones pobres y, junto con la disminución de los costes de transporte,

han disminuido por la incorporación de las nuevas tecnologías, han facilitado las emigraciones.

De este modo, numerosos emigrantes han dejado sus países de origen para escapar de la pobreza y se han dirigido a instalarse en mercados cuyo trabajo está mejor remunerado. Esta tendencia tiene consecuencias políticas para los países de acogida: con relación a la población autóctona la “calidad” de los inmigrantes ha bajado progresivamente, al menos si se juzga por la manera en que los mercados de los países de acogida valorizan su trabajo.

La proporción de jóvenes adultos predispuestos a la movilidad ha aumentado cuando los países pobres han comenzado su larga modernización económica, lo que acentúa la demanda de emigración.

Todo proceso de modernización implica una doble transición demográfica: el progreso de la nutrición junto con la salud hacen caer la mortalidad infantil y, ello, aumenta la tasa de supervivencia. Algunos años más tarde, los numerosos niños que han sobrevivido, cuando llegan a jóvenes adultos, son precisamente los candidatos más sensibles a verse tentados para emigrar.

Estas evoluciones demográficas, a finales del siglo XIX, contribuyeron a que los europeos pobres emigrasen en número creciente. Mientras, a finales del siglo XX, la mano de obra de los países del tercer mundo emigró a los países industrializados.

A la inversa, en los países ricos, el envejecimiento de la población genera penuria de mano de obra y la demanda de inmigrantes, por su parte, refuerza la emigración.

Por ello, los grandes flujos de migraciones internacionales de los años 1960 no han debido extrañar a aquellos que han analizado el pasado. Sin embargo, para comprender adecuadamente la evolución de las migraciones masivas, no es suficiente examinar los últimos decenios. Es necesario evaluar la situación presente, pero analizando también lo sucedido en los dos siglos anteriores.

PRIMERA AFLUENCIA MASIVA

El descubrimiento de América alimentó un flujo regular de migraciones voluntarias procedente de Europa. Debido, fundamentalmente, al elevado coste del transporte y los riesgos del viaje, únicamente los más “ricos” y los más intrépidos podían trasladarse. La distancia física planteaba problemas: a trayectos largos, mayores costes de desplazamiento, efectuándose una selección positiva. Estos migrantes eran más numerosos que los trabajadores con contrato y los esclavos. Con anterioridad a 1820, estos últimos representaban 11,3 millones de personas que emigraron al Nuevo Mundo, de ellos 8,7 millones de esclavos africanos.

Por otro lado, un gran número de emigrantes europeos estaba constituido por personal doméstico con contrato de trabajo y presidiarios condenados, pero que por sí mismos no podían financiarse el desplazamiento. Así, con anterioridad al siglo XIX son esencialmente los esclavos y los migrantes con contrato los que paliaban la penuria de mano de obra de América.

La transición hacia migraciones voluntarias marca una etapa decisiva en la historia de los movimientos intercontinentales. Así, la proporción de migrantes libres era del 20% en los años 1820, frente al 80% en 1840. La combinación de incitaciones, coacciones y de políticas son el origen de esta transición y recuerda el fenómeno actual de las migraciones.

Durante los tres decenios que siguieron a 1846 el número de emigrantes ascendía a una media de 300 mil anuales para pasar a duplicarse en el transcurso de los dos decenios siguientes para pasar al millón al término del siglo. La procedencia geográfica de los migrantes ha cambiado considerablemente. En la primera mitad del siglo XIX, los principales lugares de emigración se encontraban en las regiones prósperas de Europa (Islas Británicas y Alemania). A los primeros emigrantes se unieron los procedentes del nordeste de Europa, posteriormente en, 1880, por europeos del Sur y del Este.

La inmensa mayoría de ellos se desplazaron hacia el continente americano, en particular a los Estados Unidos. De 1846 a 1920, la inmigración a los Estados Unidos refleja fielmente la inmigración europea. Hacia finales de los años 1880, importantes núcleos de migrantes se instalaron en América del Sur, particularmente Argentina y Brasil, y posteriormente a principios

del siglo XX, en Canadá. Gran cantidad de migrantes se desplazaron de Inglaterra a Australia, Nueva Zelanda o África del Sur.

Por otra parte, entre 1906 a 1910, los Estados Unidos han absorbido el 64% de la emigración hacia el continente americano, seguido por Argentina que acogió el 17%.

Igualmente Europa ha sido escenario de migraciones importantes. En 1851, a causa de la revolución industrial, los irlandeses que habían emigrado hacia Gran Bretaña representaban el 9% del conjunto de la población. En 1890, más de la mitad de emigrantes italianos se establecieron en Europa, en concreto en Francia y Alemania. Un tercer ejemplo lo constituye la emigración de Europa del Este hacia Alemania, un esquema que se repite actualmente.

¿Cuál era el porcentaje de los no autóctonos en Europa y en el Nuevo Mundo a finales del siglo XIX? Justo antes de la Primera Guerra Mundial, se alcanza el porcentaje más elevado sobre la población total. Así, Argentina y Nueva Zelanda alcanzaban del orden del 30%; En Estados Unidos, el mayor país de inmigración, el 15%. Dichas proporciones, actualmente, son más elevadas, distribuyéndose los migrantes por toda la economía atlántica (Europa, América del Norte, Australia, Nueva Zelanda y África del Sur). En este sentido, los papeles respectivos de Europa del Oeste y de América Latina se han invertido.

SEGUNDA AFLUENCIA MASIVA

Ha sorprendido el fuerte aumento de las migraciones internacionales, sobre todo, debido a que se ha producido en un clima político poco favorable. Con antelación al primer conflicto mundial, las migraciones masivas tuvieron lugar sin que se hablase de visados, cuotas, de emigraciones clandestinas o de barreras de seguridad. Después de la Segunda Guerra Mundial, estos nuevos conceptos se presentan en todas las migraciones masivas.

Mientras que las migraciones internacionales han aumentado, el valor de los inmigrantes sobre el mercado de trabajo ha disminuido. Así, en Estados Unidos, los inmigrantes ganaban un 4% más que sus homólogos nativos, frente a un 16% menos en 1990. Su nivel de estudios medio ha mejorado pero en menor medida que los nativos.

Este descenso de la calidad de la inmigración es debido a cuatro mutaciones que han conocido las migraciones internacionales en el transcurso de los cincuenta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

La primera mutación es el declive de la emigración europea que se explica por el resurgir de los movimientos migratorios en el interior de Europa; en el año 2000 los extranjeros de origen europeo representaban el 10% de la población de Europa Occidental, frente al 1,3% de 1950.

Recientemente, Europa Occidental y del Sur han visto llegar emigrantes de Asia, Medio Oriente y de África. Desde la caída del bloque soviético en los años 1990, Europa del Oeste ha absorbido migrantes de Europa del Este, en particular de antiguas repúblicas soviéticas.

La segunda mutación concierne a la emigración procedente de Europa del Este. Los flujos Este-Oeste son bastante conocidos, pero se realizaban en función de la política de emigración de las economías planificadas. Han sido decisivas, en la década de 1980, la apertura de las economías polonesa y rumana, y todavía más la caída del Muro de Berlín (1989). Los flujos procedentes de estas economías en transición se han quintuplicado entre 1985 y 1989, llegando a sobre pasar el millón de personas anuales hasta 1993.

La tercera mutación reside en la transformación de América latina: antigua gran polo de inmigración, ha llegado a ser una importante fuente de emigración. América latina, en 1960, contaba con 1,8 millones de inmigrantes, pero en 1980 emigraron la misma cantidad (1,8 millones).

La cuarta mutación, y la más importante después de la post-guerra que reproduce el ciclo observado, a principios del siglo XIX, ha consistido en la llegada masiva de emigrantes de Asia, África y del Medio-Oriente, y contrasta en que anteriormente eran muy poco numerosos.

El descenso de los costes de transporte y las transferencias de fondos de los trabajadores han amplificado este fenómeno, y que ha atenuado lentamente la selección positiva: los más pobres no han podido emigrar hasta que han aumentado sus rentas y el precio del viaje ha disminuido.

CONCLUSIONES

La mayoría de los 60 millones de europeos que emigraron para el Nuevo Mundo, entre 1820 y 1920, lo hicieron para huir de la pobreza sin ayuda gubernamental y sin tener el estatuto oficial de trabajador inmigrante. El hambre y la revolución, en el año 1849, contribuyeron a fomentar la primera gran migración masiva, pero son fundamentalmente los factores económicos y demográficos los que explican por que cada ola de emigración haya sido más fuerte que la precedente.

Si analizamos las razones que han forzado a los europeos a emigrar a principios del siglo XIX, llegaríamos fácilmente a las conclusiones siguientes: en los países de acogida hay penuria de mano de obra, y el nivel de vida era muy superior.

¿Por qué el fenómeno de la emigración es cíclico? Inicialmente las tasas de emigración eran bajas, pero aumentan al comienzo de los procesos de desarrollo económico de los países pobres para posteriormente descender.

En el periodo preindustrial, las débiles tasas de emigración van a la par con el bajo nivel de salarios. Por ello, los que intentaban emigrar no contaban con los medios suficientes. Pero cuando los países pobres de origen se industrializan, y los salarios reales aumentan, viene a facilitar que, cada vez más, los candidatos estén en mejores condiciones para financiar su viaje.

La transición demográfica ha representado un papel importante. La caída de la mortalidad infantil ha propiciado la formación de un cohorte más numeroso de jóvenes adultos con movilidad, y que han contribuido todavía más al desarrollo de la emigración. Por otra parte los envíos de fondos de los primeros emigrantes han ayudado a financiar los reagrupamientos familiares. Cuando la transición demográfica alcanza su pico más alto, cuando los envíos de fondos se estabilizan y cuando la industrialización del país de origen eleva los salarios y comienza a disminuir la pobreza, las alzas posteriores de los salarios reales forzarán a disminuir la tasa de emigración.

Es preciso destacar dos factores, a principios del siglo XIX, que caracterizan la historia de la emigración en un determinado país: El primero, condicionado por la oferta de emigrantes, el segundo por la demanda. En el primer caso, la tasa de emigración y los salarios aumentan en los países de origen. Sobrepasado un determinado nivel, los salarios se elevan suficientemente y los obstáculos financieros se hacen menos apremiantes: cada alza de los salarios nacionales con relación a los salarios extranjeros genera una emigración menos atractiva, la tasa de emigración descendiendo se abre un nuevo escenario dominado por la demanda.

Así mismo, el ciclo de emigración se acompaña de una modificación progresiva de los hogares de procedencia y de la calidad de la cualificación de los emigrantes. La revolución industrial y la de transportes, que han reducido el coste de los desplazamientos de largo recorrido explican el aumento de las distancias de procedencia de los emigrantes. De este modo, un gran número de candidatos procedentes de los confines de Europa del Oeste, y de regiones de Europa del Este y del Sur han podido realizar el viaje.

Paulatinamente, los países de origen de los emigrantes han cambiado: los que han entrado más tardíamente en la era del crecimiento económico moderno han tomado el relevo. Mientras tanto cada país ha seguido su propio ciclo de emigración, el porcentaje de emigrantes originales de los países pobres ha aumentado fuertemente.

En síntesis, el fenómeno de auto selección positiva que había caracterizado las migraciones internacionales, inicio siglo XX, ha desaparecido, remplazado por la selección negativa como consecuencia del efecto de los procesos vinculados a movimientos económicos y demográficos. Este cambio espectacular ha venido acompañado, por su parte, de un descenso de la calidad de los inmigrantes sobre los mercados de trabajo de los países de acogida. Ello, debido, fundamentalmente, a que las sociedades autóctonas de acogida vienen mejorando más rápidamente su capital humano.